

CORREO CONCERTADO

CORREO CONCERTADO

El Castellano

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica martes y sábados.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Punto de suscripción y venta.
Toledo: D. Elias Galán, Comercio, 62
Madrid: Kiosco de El Debate, frente a las Calatravas.
Anuncios económicos.

Precio de suscripción.
Un año..... 5,00 pesetas
Número suelto..... 0,05
Pago adelantado.

UN RECUERDO

Y UNOS COMENTARIOS

Entre un farrago de noticias insubstantiales, comienzan los periódicos a transmitir noticias del Congreso Eucarístico Internacional. Durante unos días, en el mundo todo se hablará de Jesús Sacramentado, y aun los periódicos enemigos del catolicismo se verán obligados a comprobar que, después de diecinueve siglos, Jesucristo vive todavía en las almas y en la sociedad. Por las calles de Viena pasará triunfante, aclamado Rey por inmensas muchedumbres. Millares de inteligencias se le rendirán en actos de fe, y millares de corazones, latiendo por El y para El, demostrarán que sólo Dios es digno de nuestro amor incondicional.

Viena nos recuerda a Madrid. El año pasado presenciamos el acto más grandioso de adoración colectiva que se haya realizado en honor de Jesús en toda la serie de los siglos cristianos. ¿Cuándo se ha visto medio millón de hombres, unos escoltando a Jesús en la procesión, y otros inclinándose a su paso y adorándole? Por aquellos días parecía que sólo había en España un corazón. La inmensa mayoría de los españoles, en espíritu y en deseo, estaba en Madrid, seguía por las calles a Jesús Sacramentado y recibía su bendición en la Plaza de la Armería. Aun los que tienen la desgracia de no participar de los sentimientos católicos, como avergonzados de estar solos, sin vínculos espirituales con los que fueron, sin contacto con el alma española, católica por naturaleza y por historia, tuvieron el buen acuerdo de callar, de ocultarse, de desvanecerse en el silencio, dando una prueba de patriotismo y de cultura, á que no nos tienen muy acostumbrados. Aquello fué hermoso, conmovedor....

Un año ha pasado. Nubes de persecución oscurecen el horizonte de la Iglesia. Quizás no lleguen á descargar; en todo caso, nuestro deber es prevenir. ¿Lo hacemos? ¿Se acabó ya el catolicismo del año pasado? ¿Los soldados de entonces se han retirado ya á sus tiendas de campaña? No estamos en tiempos de descanso. Se cesa del trabajo cuando el enemigo está á la vista. Mientras no ha podido hacer otra cosa, ha disminuido el programa; cuando se ha creído fuerte, ha desplegado sus banderas y movilizó sus huestes. Estemos alerta. La voz de nuestros Prebostes se ha oído: es la voz del deber, la voz de Dios.

Aclamando á Jesús Sacramentado dimos un ejemplo que tuvo eco en todo el mundo.

Desahuciando las maquinaciones de los enemigos de la Iglesia, bien en orden á la enseñanza, bien en orden á los Institutos. Religiosos, daremos una prueba de que los españoles, si tenemos una constitución que proclama la Religión Católica como Religión del Estado, sabemos hacerla respetar y sabemos hacerla cumplir.

Recordemos todos que Jesucristo no se contenta con protestas de fe, ni con piadosas adoraciones.

Reclama el testimonio de las obras, y si es preciso, el sacrificio.

¡Pobre viejo!

I
En una covacha, de las últimas casas del pueblo, de encías paredes negras ya por el humo y el tiempo, un pobre ancianito, postado en el techo, aguardaba tranquilo el instante de que Dios le acogiera en su seno. Allí, en un camarero, entro suelos harapos revuelto, sin que nadie viera á prestarle el sagrado calor de un consuelo, pasaba solito los días enteros, con el auto rosario en las manos y la terna plegaria en el pecho. ¡Qué noches más largas para el pobre viejo! ¡Qué pesadas corrian las horas en aquel miserable aposento!, sin más compañía que su mar de recuerdos que á la mente del viejo llegaban confusas, revueltos....

II
¿Por qué se pasaban los días enteros sin pisar su la única covacha los días del viejo?... ¿Por qué no venían á ver al enfermo cuando el viejo, con llanto en los ojos, clamaba por él?... Nadie pudo saber el motivo de aquel aislamiento. Contaba la gente, que á principio de aquel crudo invierno, cuando ya no pudo trabajar el viejo, cuando el cuerpo sequeó á la lecha de ganar el diario sustento, pensaron los hijos, de común acuerdo, enviar á su padre á un asilo y librarse de gaitos y pesos. Negóse el anciano á salir para siempre del pueblo y entonces los hijos sin prestar atención á sus ruegos, allí le dejaron sus recursos, solito y enfermo hasta ver si cambiaba de ideas, cambiando los tiempos....

III
Por fin, una tarde, cuando ya se retiraron que el anciano llevaba aquejado sin querer recibir alimento, uno de los hijos, que él dió más pesares al viejo, llegó hasta el camarero con el rostro terrible, siniestro... —¡Qué día más pesada la peste, pa llamar tan apisa y corriendo...! ¡No se acaba lo malo tan pronto, ni se muere la gente tan presto!... Oyó el viejecito las palabras del hijo altanero y cruzado con sus pálidas manos dirigido sus miradas al cielo, yo no sé si pidiendo castigo ó perdón para el hijo soberbio... ¡Sabe Dios lo que pudo pedirle en su vida plegaria el enfermo!... Recobré el anciano su rostro sereno; de sus ojos brotaron temblanas, silenciosas, dos perlas de fuego; tendió sus miradas al hijo perverso, y entre tierzos sollozos, le dijo, con delirio acuto: —¡No me dejes solo, hijo mio, que no estoy pa gñeno; que las fuerzas se van acabando y el ajgo más grande va alando; y parece que quiere la vida á pezones saltras del cuerpo! ¡Qué día más pesada la peste, pa llamar tan apisa y corriendo...! ¡No te traya, por Dios, hijo mio, que no estoy pa gñeno!... Y aquel hijo infame, sin prestar atención á sus ruegos, se alejó murmurando entre dientes: ¡masas de viejito!...

IV
Al día siguiente, cuando fueron á ver al enfermo, encontraron su frío cadáver entre suelos harapos revuelto. Tenís los ojos vidriosos, abiertos... y entreabiertos sus pálidos labios, como labios que esperan un beso. Guardaba en sus manos al fiel compañero de toda su vida: un rosario gastado y mugriento....
Aquella mañana de luto y de duelo, en que el vijo murió sólo llevarse de sus lijas el á timo beso, no lució sus ropajes la Aurora, ni el Sol sus destellos, ni brilló la justicia en la tierra, pero sí la venganza en el cielo...
Eugenio Yébenes.

Septiembre 1912. MADRID
Comprodon, me has dado un pelo...

Alejandro Lerroux olimpico, casi mayestático, con sus automóviles lujosos y sus alforjas bien repletas, tiene un gesto de desdén, y aun eso le parece demasiado para los radicales que se le rebelan y para los reaccionarios que traen á la colada los trapitos sucios de su nueva posición burguesa y casi plutócrata; empero sus secuaces ó sus afines, los que siguen simpatizando con su jactanciosa persona ó acartando la esperanza de darle algún regular pellizco á su dinero, estiman que no deben callar ó que contribuyan con su silencio ó que se linche cada día más la ola de descrédito que arrastra á su jefe.

¿Y qué ha hecho? Poes salir diciendo en letras de molde que don Alejandro no puede ni debe ser una excepción entre los muchos políticos que son Consejeros de Bancos y sociedades, y gastan automóvil y arrastran carricóne lujoso y buscan el negocio donde se halla y la peseta ó el duro donde se encuentra, es decir, que D. Alejandro es como los demás que hacen esas cosas....

Está bien; pero hay que señalar dos diferencias esenciales: primera, que los *andagos* de Lerroux han sido antes que políticos ó á la vez que políticos Abogados, Ingenieros, Médicos, Catedráticos, etc., etc., mientras que el emperador del Paralelo sólo ha tenido una profesión, la política, y por ende sólo de ella ha podido granjear una fortuna.

La otra diferencia es notoria: ninguno de los aludidos se declaró caudillo revolucionario; ninguno se arrojó el papel de redentor de las masas proletarias; ninguno pasó lo mejor ó lo peor de su vida empujando el látigo para cruzar el rostro de los burgueses y de los plutócratas y presentarle á los que tienen el riflón bien cubierto como ladrones de los pobres. Cuando D. Alejandro aconsejaba á sus secuaces que quemaran los archivos de la propiedad, tácitamente les hacía la promesa de no erigrirse en propietario. ¿Adora hoy lo que antes aborreció y aborrece lo que adoró? Pues es uno de tantos farsantes.

No, dicen sus defensores, no es farsante, es hombre de su tiempo. ¿Sabéis lo que es ser hombre su tiempo? Un revolucionario anterior al 68 era una especie de *Quijote*, que pasaba la vida enderezando entuerto, desfaciendo agravios, batallando constantemente por el ideal. Pero estos son romanticismos trascendidos. El sacrificio es una estupi-

dez ó una majadería. El revolucionario de hoy debe tener por maestro á Nietzsche y por estímulo de su voluntad, en consecuencia, el *egoísmo*. De suerte que declarar que Lerroux es un gran egoísta, que al bien personal, particular, al aumento de su fortuna, á fortalecer su posición, á ensanchar sus medios de vida, debe sacrificarlo y rendirlo todo, y si de añadidura puede traer a la República, para extender un poquito más los negocijitos particulares, miel sobre hojuelas....

Así piensan los secuaces y los afines de Lerroux. No ha sentido ni sentirá jamás así la masa. Y cuando ella se convence de que los que la guían se dejan arrastrar del egoísmo, los llama traidores. Día llegará, si siguen por donde van las cosas, que el burgués casi plutócrata Lerroux, no pueda vivir en paz donde quiera que haya verdaderos radicales....

Miguel Peñarón.

La Aliseda

En Santa Elena (provincia de Jaén)

Agua azogada las más ricas de España y Estación climatológica de montaña.
Curación radical de los catarros de las vías respiratorias y de los predispuestos á la tuberculosis pulmonar, según lo acredita la diaria observación en numerosos enfermos. Asimismo se curan rápidamente las afecciones y todos los estados de debilidad y locandencia orgánica. Instalación hidrográfica modelo. Inmejorable servicio de fonda.
Temperatura de otoño la más recomendable, de 1.º de Septiembre á 15 de Noviembre.
Coches fijos á la llegada de los trenes mixtos en la Estación de Santa Elena, y previo aviso coches á la llegada del expés de día de Sevilla á Madrid, lunes, miércoles y viernes, y de Madrid á Sevilla, martes, jueves y sábados, así como á los demás trenes. Todos tienen parada cinco minutos en Santa Elena.

Para Patria Chica.

Los simpáticos jóvenes que redactan el semanario *Patria Chica*, se felicitan de la buena marcha de su publicación. Sus artículos se leen, se comentan, se discuten, y hasta se refutan. ¿Qué más? Hasta se tramam «conjuraciones». Los elementos clericales de la capital se han levantado como un solo hombre á la voz de mando de EL CASTELLANO, y nos han declarado sañosa guerra....

Se parecen algo estos animosos muchachos á los portugueses, que por todas partes ven terribles *conspiraciones*. Tranquilícense, que esa «conjuración» existe sólo en sus imaginaciones. Los elementos clericales de la capital, aunque no aprueben ciertas campañas demasiado tendenciosas, no se meten en conjuraciones, por otra parte innecesarias.

EL CASTELLANO tampoco atenta contra la vida de *Patria Chica*. Se ha limitado á rectificar errores que creyó no podía dejar sin correctivo. Lo que sí quisiera EL CASTELLANO, y con él todos los amantes de Toledo, que es usted, que son jóvenes, que se sienten los nobles entusiasmos, que se apasionan por todas las causas buenas, desvan volviendo su pensamiento primitivo, se dedicasen á fomentar las iniciativas que redundan en bien de la ciudad, y á hacer más grande, más gloriosa, más respetada, esta

«patria chica», en cuyo amor todos coincidirán. Dejen á un lado campañas revolucionarias, que traen siempre frutos amargos.

Si *Patria Chica*, para evitar divisiones, para laborar con más independencia por el bien de Toledo, evita sistemáticamente las discusiones políticas, ¿por qué no deja también á un lado las discusiones directas ó indirectamente religiosas, las soluciones «revolucionarias» que no pueden menos de fomentar divisiones y molestar en una ciudad eminentemente católica y enemiga de innovaciones descabelladas?

Dicen ustedes que son imparciales, porque al lado de los artículos del Sr. Castillo, han publicado otros en que se ensalza á la Religión Católica. ¡Bah! Eso no es ser imparcial. Eso es encender una vela al diablo y otra á San Miguel.

Ahora, unas palabras para D. Darío del Castillo. No es cierto que el Sindicato de Obreros Católicos rehusé la conferencia que usted ofrece. Diríjase al Sr. Presidente del Circulo Católico, D. Miguel Becerro y Villa, y seguros estamos de que, con su bondad característica, accederá á lo que usted desea. Nosotros le reiteramos nuestro modesto apoyo.

Lo que sí vemos un poco difícil, amigo D. Darío, es que tratándose de la magna cuestión de la organización obrera, dé usted una conferencia «puramente obrera, sin ideas ni creencias de ninguna clase». Tienen las ideas católicas mayor amplitud de la que usted imagina. Pero, en fin, venga la conferencia y juzgámonos. EL CASTELLANO se ofrece á publicarla.... y comentarla.

Nos llama usted periodistas *hépocratas*, sin duda porque tenemos el atrevimiento de escribir lo que sentimos.... y de no opinar como el *sabio* D. Darío. Por algo nos advertía: «Tengo — y no lo dude la redacción de EL CASTELLANO — un poquito de educación». No lo dudamos; no tiene el Sr. Del Castillo un poquito de educación. Ese poquito vale un Potosí.

Y, finalmente, no firmamos nuestros artículos, porque nuestro nombre es muy modesto, y no tenemos pretensiones de legar á la posteridad un seudónimo famoso, aunque sea tan sonoro y rimbombante como «Darío del Castillo».

Y además, porque acostumbramos á oponer al adversario, más que el peso de un nombre formidable, razones concluyentes.

Y esas razones, expuestas quedan.

Los dos arbolillos.

Los arbolillos nacieron, y libremente crecían, y ya grandecidos, vieron que sus troncos se torcían.
Uno, humilde, se apoyó, para sanar su defecto, en una estaca que halló á su lado, y creció recto.
Mas el otro despreció la estaca que tiene al lado: con su defecto creció todavía más pronunciado.
Y ya viril, al mirar la cabezota del compañero, deseó en vano empujar aquel defecto primero; que es inútil pretender curar en la senectud el mal que en la juventud dejamos libre crecer.

R. M.